

Presentación del "Libro de los Manantiales" de Roland Forgues Universidad Ricardo Palma 16 agosto 2006

Mi relación con Roland Forgues se ubica en París, Tarbes, Lima y Pau. Como Embajador del Perú en Francia, fue mi deber promover y acompañar las actividades culturales, facilitadas por el interés de los estudiosos "peruanistas" y también por las expresiones "vale un Perú" y "no es el Perú". Ellas son desde hace muchos años y posiblemente siglos, la manera que encontraron los conocedores para referirse al reino de maravillas, manantial de tesoros que hicieron inmensamente ricos a los conquistadores y al imperio de territorios inmensos y bien administrados; en fin, la cosa mágica y dorada que existía más allá del océano.

Eso lo supo Roland, que supo también que en estas tierras y a pesar de todo y a veces contra todo, se seguía creando y creyendo, construyendo y soñando. Pocos como él tan autorizados para presentar estos manantiales de cultura, de color y de calor, de interés y cercanía. "Manantial" nos dice el diccionario es el lugar de nacimiento de las aguas y también el origen y fundamento de una cosa. Se piensa en ambas cosas al acompañar en su viaje de los Pirineos a los Andes a quien ocupa un lugar eminente entre los peruanistas de todos los tiempos.

Diario de viaje le llama a este libro que integra tantas cosas. Diario de vida podría llamarse al describir con conocimiento, pasión, afecto y por cierto humor un *servinacuy* de cuatro décadas en la que los amantes se siguen probando con, felizmente, toda la intención de continuar la experiencia, con sus altas y sus bajas, buenas y malas, alegrías y dolores, fracasos y triunfos.

El libro de Roland es como un tejido, quien sabe de telar de cintura, en que la urdimbre es el interés, el conocimiento académico, el reconocimiento de un paisaje especial y la pasión que pone en las cosas. La trama es un enorme número de personas : literatos, académicos, políticos, artistas y otros a la mayor parte de los cuales considera amigos. También son situaciones personales, sociales y hasta circunstancias únicas, como escapar de una posible muerte por la tardanza de amigos. Lo son igualmente los temas y actividades que en su permanente labor de investigación, de docencia y difusión fue desarrollando con enorme esfuerzo y que se traduce en tantísimas publicaciones que son auténticos referentes del Perú y de América Latina.

El tejido elaborado por Roland es una especie de fresco de nuestro país en que vemos desfilar la historia y el paisaje, las gentes y sus costumbres, lo político, lo literario, lo social y también por cierto las comidas, las bebidas, las fiestas y los deleites de todo tipo. Dijo en la radio hace algunas horas que páginas enteras no son descripción de hechos sino creación literaria. Estamos dispuestos a creerle, pero si no fuere así también reconozcamos que son cosas muy vivas y al parecer muy sentidas.

La relación de Roland con el Perú se asienta en robustos pilares de interés y sentimiento. Su admiración no es la del turista desavisado ni la del visitante transitorio. No se si fueron enemigos políticos de Nixon los que dijeron que, al preguntarle su opinión sobre la Gran Muralla China habría respondido: "Es una Gran Muralla". Por el contrario, en el caso de nuestro amigo, estudioso, crítico y hasta confesor, la mirada inteligente acompaña el estudio y la investigación, la búsqueda de información cuidadosamente organizada, de la profundización y la reflexión. En cada página hay datos y temas, inclusive en los que parecerían más livianos, que suscitan nuevos planteamientos y demandan mayores consideraciones.

En estos tiempos que hablamos de igualdad e inclusión, de modernización u organización, no está de más que nos recuerde que en el Perú los aduaneros fuman, los taxistas pueden tener diferentes ideas sobre distancias y precios, los aviones no sólo vuelan sino se hacen y un robo, aunque sea a un mochilero, no es lo mismo dependiendo a quién se robe. Y que nos recuerde también que la amistad ni se vende ni se compra, que nos acompañan y orientan muchas sombras amables, que los niños y niñas a pesar de todas las calamidades son promesas y que ciertos diálogos no concluyen ni con los dialogantes exhaustos.

Roland nos ha entregado un libro que ratifica que la lectura no siempre tiene que iniciarse en la primera página y seguir ordenadamente hasta la última. Yo no he podido hacerlo, en parte por la estrechez del tiempo disponible y mi tarea está inconclusa. Pero ello no le ha restado al deleite de lo leído y lo ojeado, no le quita la carnada al anzuelo de lo que falta porque, por donde se le agarre, es entretenido e interesante, en sus pasajes más académicos, en el recuento de las situaciones personales más insólitas o en las reflexiones que permanentemente acompañan el avance de la escritura.

A pesar de la gran diversidad de temas, momentos y situaciones, hay una gran consistencia en el estilo y en la actitud. La facilidad de lectura es demostración de lo bien escrito y el tratamiento de los temas demuestra que se trata de una actividad vital y permanente traducida en citas precisas, definiciones apropiadas, reflexiones pertinentes y concatenadas y en todas partes, la pasión por lo que académicamente debería quizá llamarse "el objeto de estudio" y que esta pasión convierte más bien en objeto de amor no ciego sino informado, vivido y enriquecido por inagotables esfuerzos y muestras de lealtad.

Roland da testimonio de muchas situaciones con personas vivas y ausentes que fijan pensamientos y reflexiones sobre nuestro presente y pasado, manera de ser y de actuar, visión y percepción, valores y antivalores, productos y bienes, en suma, sobre nuestra cultura. Las más veces, al referirse a las personas, lo hace Roland con acento amistoso y con afecto. Como es imposible que todo el mundo sea de su agrado, en algunas ocasiones consigna la diferencia pero no entra en ataques personales. Está demasiado ocupado para ofender. Es bueno tener presente todo aquello y reflexionar al respecto porque cada día es más evidente que hay, hermanos, muchísimo que hacer.

Vallejo, Mariátegui y Arguedas y ahora Vargas Llosa, son los valores a quienes Roland ha dedicado incontables esfuerzos cuyo premio principal es ser reconocido como autoridad internacional sobre cada uno de ellos. Aparte de investigación y docencia, organizó también en su homenaje encuentros internacionales de singular categoría que han contribuido a enriquecer y difundir el conocimiento de ellos en tantas latitudes.



El interés particular de cada lector sazonará ciertos temas más que otros. Algunos pondrán delante la emoción del combatiente del socialismo y la democracia. Otros, estimarán más los temas de la literatura o la política. Y algunos preferirán los episodios curiosos, los periplos aventureros, las comidas estupendas o modestas como la sopa que le ofrecieron unos indios, cocinada con fuego de boñiga. En fin, hay mucho y para muchos, pero en lo que coincidirán todos es que aquí nadie se aburre, porque la erudición no es pedante, la descripción pertinente, el lenguaje apropiado y el humor y el afecto se hacen presentes en todos los textos.

Personalmente, agradezco las amables referencias. Cierto es que tuve oportunidad de participar en algunas actividades en mi calidad oficial, pero al hacerlo, tuve también gran satisfacción personal, especialmente al homenajear a Mariátegui. También disfruté su generosa hospitalidad en un fantástico coloquio internacional organizado por Roland donde América Latina y Europa cruzaron sus miradas con ánimo de reconocerse y estrecharse.

El peregrinaje de Roland por el Perú no es turismo de aventura. Es aventura en estado puro, y su curiosidad e interés lo llevaron a situaciones no exentas de riesgo y de incertidumbre. No sé qué pensará de Chocano, pero recuerdo del aprendizaje colegial que dijo en algunos versos: "Yo escribí los poemas que supe vivir antes y viví los poemas que primero escribí". En un pasaje nos dice que Maynor Freyre le llamó Porthos, mosquetero de Gascoña, y reconoce sentirse así al dejar el hábito de arcipreste de su abadía de Couyou, de donde fui huésped halagado, para revestir los de mosquetero de Gascoña, con botas de cuero oscuro, traje multicolor, sombrero de plumas y afilada espada para lanzarse a la brega de encontrar solaz para él y sus amigos en la tarea de toda una vida.

Vale, por cierto, la analogía. Pero encuentro también en su decisión temprana de asumir el inmenso reto el de comprender a nuestro país y facilitarnos su comprensión con la alegría desenfadada y hasta juguetona con que la emprendió y realizó, un símil a los jóvenes gascones sitiados en Arrás que evoca Rostand y que capitaneados por Cyrano, se arrojan al asalto suicida a las tropas españolas al grito de: "Ce sont les cadets de Gascogne, de Carbone de Castel-Jaloux, bretteurs et menteurs sans vergogne, qui font cocus tous les jaloux!"

En su homenaje, y para agradecimiento me aventuro a traducir su Epílogo, a la manera del Marqués de Sade y sus *120 Días de Sodoma*:

"Acabas de probar aquí los platos de un magnífico banquete con comidas succulentas para regalarte los siete días de la semana. ¿Te han gustado todas? No, sin duda, pero no se te ocurra regañar al anfitrión que las ha preparado. Guarda preciosamente el sabor de las que te gustaron y no vociferes contra los otros porque no tuvieron el talento de complacerte. Considera que complacerán a otros y sé filosófico". Por tal banquete, agradezco a nuestro anfitrión y le invoco a no abandonar tan noble cocina, hermanada a nosotros por el afecto y animada con su voz y con el pisco y el vino que nos hacen más humanos.